

ISLAM Y FEMINISMO

El denominado feminismo islámico, promovido por grupos que se presentan como progresistas, actúa como un caballo de Troya en Europa, facilitando la entrada del fundamentalismo musulmán en sociedades que valoran sociedades que valoran la individualidad y la igualdad jurídica entre hombres y mujeres.

RELIGIÓN Y GEOPOLÍTICA EN EL SIGLO XXI



De la autora de *Arte, propaganda y política*
y *El fin de la Izquierda*

PALOMA HERNÁNDEZ

SEKOTIA

PALOMA HERNÁNDEZ GARCÍA

Islam y feminismo

Religión y geopolítica en el siglo XXI

SEKOTIA

© PALOMA HERNÁNDEZ GARCÍA, 2024

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2024

Primera edición: noviembre de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

Editor: Humberto Pérez-Tomé Román

www.sekotia.com

pedidos@almazaralibros.com - info@almazaralibros.com

Editorial Almuzara

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-19979-47-6

Depósito: CO-1687-2024

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A todos los españoles.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
PARTE I.	
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA Y TOMA DE PARTIDO.....	15
Ni racismo ni islamofobia.....	17
Cuando el islam no preocupaba	24
Cuando el islam sí empieza a preocupar	28
El amor al islam de los «progresistas»	36
Las contradicciones son objetivas	40
¿Un islam o muchos islams?.....	45
¿Deben integrarse los inmigrantes?	49
La Europa medieval frente al islam	53
Imperativos de la racionalidad política	57
Ética, moral y política	62
Inmigración, DNI y nacionalidad	66
«Progresistas» contra el cristianismo	71
Consecuencias de las políticas laicistas.....	80
PARTE II.	
EL ISLAM PONE EN JAQUE AL FEMINISMO.....	85
Los feminismos frente al islam	87
Feminismo ilustrado	90
Feminismo islámico	99
El «pensamiento» islámico decolonial	104
Feminismos antirracistas, anticapitalistas, antimperialistas y decolonia- les para la emancipación de las mujeres racializadas del Sur-global.....	110

PARTE III.	
ANÁLISIS COMPARADO ENTRE ISLAM Y CRISTIANISMO.....	119
La religión no es una magnitud insignificante.....	121
Las religiones monoteístas.....	128
El monoteísmo está ligado a los imperios universales	131
Cuando el Dios de Aristóteles empieza a hablar con los hombres...	134
El Dios del islam y el Dios cristiano	138
Islam y teocracia	145
Filosofía y ciencia en el islam.....	151
La mujer en el islam.....	154
Piratería y esclavitud en el islam	162
Al-Ándalus: trituración de un mito.....	168
El islam como proyecto imperialista	181
La Ley de la Blasfemia islámica	185
Neopaganismo y triunfo del deísmo en Europa y América	187
PARTE IV.	
FILOSOFÍA CRÍTICA PARA DESMONTAR MITOS FEMINISTAS...	193
El mito de las mujeres como colectivo planetario	195
El mito de la «Ciudad de Dios» feminista.....	207
El mito feminista del «género humano»	211
El mito feminista de que todo lo personal es político	217
El mito de la nueva «izquierda antirracista y decolonial»	223
El mito de las «señas de identidad».....	231
El mito de los «derechos humanos»	236
El mito del progreso laicista.....	241
El mito de la conciencia autónoma	248
El mito del imperio como fuerza opresora contra las mujeres	256
El mito de una sociedad universal feminista y en paz perpetua	264
CONCLUSIONES.....	277
APÉNDICE DE LIBROS RECOMENDADOS.....	281

INTRODUCCIÓN

La cuestión del islam ha generado posiciones enfrentadas entre los distintos movimientos feministas que han ido surgiendo a lo largo del tiempo. En este ensayo confrontaré dialécticamente tres de estas corrientes y lo haré desde fuera del feminismo. No trabajaré, sin embargo, desde cualquier «afuera», sino desde un sistema de *ideas*, el Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno, una filosofía en sentido estricto que toma partido por una determinada ontología, gnoseología, epistemología, antropología, filosofía de la religión, filosofía política, etc. Antes de iniciar cualquier análisis, por tanto, hay que determinar desde qué esquema, mapamundi o filosofía interpretamos la realidad, porque todos somos filósofos (mundanos), pero filosofías no hay una, sino muchas. Yo tomo partido por el sistema construido por el filósofo español Gustavo Bueno, que es una filosofía en sentido riguroso, una filosofía que tiene un proceder racionalista, crítico y dialéctico, una filosofía sistemática, pluralista y discontinuista, que está centrada tanto en el análisis objetivo de las ideas como en el ataque a los sofismas, a los mitos oscurantistas, las supersticiones, los prejuicios, las indefiniciones, etc. Una filosofía, en suma, que se encuentra en los antípodas de la mayoría de las filosofías que se imparten en las universidades de esa región del mundo que llamamos «Occidente».

Aprovecharé este texto introductorio para aclarar que la idea de un Occidente unido y homogéneo es un mito que,

entre otras cosas, busca reforzar las separaciones con Oriente, entendido también como un bloque monolítico. El mito de Occidente es oportunamente utilizado por muchas corrientes ideológicas —por ejemplo, el llamado *feminismo islámico* y los *feminismos antirracistas y decoloniales*—, muy interesados en encontrar un chivo expiatorio al que responsabilizar de todos los males. Cuando Occidente es entendido como un bloque uniforme, como una identidad masiva totalizadora y arrolladora, no se tienen en cuenta las diferencias y las contradicciones objetivas que históricamente se han dado entre católicos y protestantes, entre el Imperio español y el Imperio inglés, entre EE.UU. y México, entre ingleses y franceses, entre alemanes y polacos, entre el Imperio napoleónico y el Imperio español, etc. Esta es la razón por la que en este libro siempre entrecomillaremos el término «Occidente».

Conviene subrayar, por otro lado, que la filosofía crítica es una reflexión de segundo grado que se realiza *necesariamente* sobre saberes de primer grado; esto es, que trabaja desde las realidades políticas, sociales, económicas, artísticas, religiosas, técnicas, tecnológicas y científicas que ya están dadas en nuestro presente por razones históricas y que se encuentran en permanente proceso de cambio. La filosofía actualista, por tanto, no postula desde una especie de sabiduría exenta que nos estuviera indicando los pasos a seguir para arreglar el mundo o para salvarnos de nuestra propia desesperación. En pocas palabras, el materialismo filosófico no es una filosofía soteriológica, mesiánica, salvífica. No «pone» la realidad ni lo pretende, como si un filósofo pudiera dictar las condiciones políticas, religiosas o sociales siguiendo sus propias preferencias y deseos voluntaristas. En este libro, en suma, filosofamos *in media res*, en mitad de los asuntos, teniendo en cuenta lo que ya está ahí dado, sin miedo ni esperanza, conscientes de que la filosofía, por su propia naturaleza, no puede ofrecer soluciones mágicas, sino que su labor consiste en someter a crítica las

ideas que manejan nuestros políticos, periodistas, profesores, politólogos, pedagogos, «intelectuales» y gentes del mundo de la «cultura», entre otros. Tal es la tarea específica de la filosofía en sentido estricto: la definición y clasificación de las ideas.

La Ley de la Blasfemia islámica que intenta implantarse en nuestras sociedades en nombre de la «izquierda» y del «progreso» pone en peligro el ejercicio de la filosofía crítica y dialéctica que arranca con Platón, una tradición que, a lo largo de los siglos, ha hecho posible que unos sistemas de ideas hayan ido refutándose unos a otros construyendo el polémico debate filosófico en torno a las trascendentales cuestiones del ser, el conocer, el comportarse, el deber ser, etc. La polémica es consustancial al existir mismo de la filosofía. Sin polémica, la filosofía ni siquiera podría ponerse en marcha porque una filosofía siempre se define apagógicamente frente a otras filosofías ya dadas, y también frente a religiones, sistemas políticos, determinadas culturas, ideologías, etc. La situación actual, sin embargo, dificulta el ejercicio de esta tradición milenaria, una tradición que ha configurado nuestras sociedades desde las coordenadas de la filosofía griega, el derecho romano y el cristianismo. Y ponen en riesgo la continuidad de la filosofía crítica porque amplios sectores políticos, mediáticos y universitarios interpretarán como una provocación intolerable y como «islamofobia» el que sometamos a crítica filosófica las ideas que sostienen al islam, del mismo modo que identificarán como «fascismo» el que cuestionemos las ideas que dan fundamento a las distintas corrientes feministas y al «progresismo» internacional en general.

Las consecuencias que pueden tener las corrientes ideológicas que analizamos en este libro en el seno de las sociedades musulmanas están por ver y no serán el objetivo principal de este opúsculo, aunque me atrevo a aventurar que también allí su efecto será disolvente. Mi investigación, sin embargo, está centrada en analizar el impacto que dichos movimientos pueden

tener en las sociedades de tradición cristiana, rastreando su difusión e implantación institucional y analizando los peligros y amenazas que encierran, dado que el llamado *feminismo islámico*, por ejemplo, no se predica en términos aconfesionales, laicos o ateos, sino desde posiciones proselitistas de fe religiosa militante y está decididamente impulsado por los grupos auto-percibidos como «progresistas».

Por último, advertiré que en este trabajo he reducido al mínimo el número de notas al pie de página, pues el volumen de referencias bibliográficas es tan ingente que reseñarlas todas haría ingobernable la lectura de un texto que está orientado a un público no especialista. Por ello, en la parte final he incorporado un apéndice con un listado de obras recomendadas, de cara a quienes estén interesados en profundizar en estas cuestiones.

Salamanca, 31 de agosto de 2024

**PARTE I.
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA
Y TOMA DE PARTIDO**

NI RACISMO NI ISLAMOFOBIA

Tras los grandes cambios acaecidos en la segunda mitad del siglo XX —inicio de la Guerra Fría, Concilio Vaticano II, Revolución islámica de 1979, fin del Imperio soviético, apogeo del globalismo oficial, emergencia de China, etc.—, nos encontramos ahora con millones de «occidentales» que, desde las posiciones más ingenuas y peligrosas del relativismo moral, religioso y cultural, se han convertido en defensores del diálogo con un imaginado islam bondadoso. Y no solo eso, sino que asistimos en los últimos años al fenómeno prodigioso del incremento de cristianos convertidos a la fe de Mahoma —sobre todo de mujeres jóvenes— que no dudan en mostrar en redes sociales su conversión, exhibiendo orgullosas su nueva indumentaria musulmana y defendiendo su «libertad individual» para abrazar una nueva fe y una cultura diferente a la heredada. Es necesario analizar críticamente las razones que se esconden detrás de estas conversiones. Podría ocurrir, por ejemplo, que el materialismo grosero de nuestras sociedades secularizadas esté siendo incapaz de ofrecer horizontes de trascendencia a las personas jóvenes, quienes encuentran refugio en el islam. También hay que estudiar en detalle los prejuicios anticristianos —anticatólicos en particular— y la *islamofilia* predicada por los grupos autopercebidos de izquierdas, quienes, en muchas ocasiones, se solidarizan con los grupos terroristas de Hamás y Hezbolá por ser, en su opinión, símbolos

de la resistencia contra Israel. Estas tendencias crecen cada día más en Europa, esto es, en unos territorios considerados históricamente por el islam como «tierras irredentas», tierras donde el número de inmigrantes musulmanes aumenta cada año sin perder su fidelidad a las enseñanzas del Profeta. Y, puesto que hemos empezado sin rodeos, vamos a fijar posiciones claramente: aquí no se trata de señalar al individuo musulmán concreto, que puede ser nuestro vecino, y despreciarlo por ser mala gente o cosa parecida, no. Damos testimonio, de hecho, de que nuestro vecino musulmán es un tipo estupendo. Lo que aquí vamos a tratar es el problema del islam en tanto plataforma geopolítica que entra en dialéctica directa, en confrontación feroz, con la plataforma geopolítica de la que nosotros formamos parte. Quienes sostienen la idea bobalicona del diálogo entre religiones y culturas no se dan cuenta de que el islam ni quiere ni puede integrarse. El islam, eso sí, está dispuesto a aceptar conversos, pero no busca en absoluto la integración. Ese ha sido el gran error de Francia: pensar que la religión es una magnitud despreciable, pensar que la *grandeur* de la Ilustración y sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad conseguirían neutralizar al islam, lograrían convencer a la población musulmana asimilada de sus territorios en África. Considerar al islam como algo políticamente inofensivo ya lo hicieron personas como Tocqueville, Hegel, Marx o Engels, tal y como explicaremos en el siguiente apartado.

Frente a los autotitulados «antirracistas» habrá que decir alto y claro que no es racismo criticar al islam, entre otras cosas porque el islam no es una raza, sino un compuesto religioso y político cuyos fundamentos doctrinales se han mantenido incólumes desde los tiempos de Mahoma. No es xenofobia rechazar el actual modelo de inmigración implantado en Europa y exigir a nuestros Gobiernos la recuperación del modelo de inmigración planificada que funcionaba hasta hace pocos años, modelo asentado sobre una inmigración económica, estructurada y

controlada desde los criterios de la prudencia política, no desde el eticismo temerario. No es xenofobia defender que hay que valorar con suma cautela qué cantidad de personas pueden ser reconocidas con nuevos DNI en España, Italia, Francia, Suecia o Reino Unido. ¿Acaso estos territorios pueden sostener a toda la humanidad? ¿A toda África, a toda América, a toda Asia? No es odio al extranjero lo que nos impulsa a desvelar los gigantes- cos intereses geopolíticos y económicos que se esconden detrás a la inmigración ilegal, masiva, descontrolada, carente de cualificación y subvencionada por los Estados que está poniendo en riesgo la seguridad nacional de nuestros países, así como la seguridad ciudadana en las calles. No es islamofobia denunciar la penetración del salafismo en Europa a través de la construcción de mezquitas financiadas directamente por potencias extranjeras. No es islamofobia decir que, partiendo de las doctrinas de la yihad, grupos islámicos de nuestros días justifican que los territorios que antaño fueron mahometanos, como al-Ándalus, son susceptibles de ser recuperados para los fieles musulmanes.

Tampoco es islamofobia denunciar el iconoclasmo talibán afgano destruyendo las estatuas de Buda en Bamiyán o las recientes acciones perpetradas en Irak, donde han sido destruidas decenas de figuras del Museo Histórico de Mosul, algunas de ellas de la época asiria (siglos VII y VIII a. C.). Tampoco es islamofobia resaltar el silenciamiento generalizado ante la conversión de Santa Sofía de Constantinopla en mezquita o las reiteradas solicitudes del entorno del partido Podemos para devolver la Catedral de Córdoba a «sus legítimos dueños» con el fin de recuperarla para el culto musulmán. No es racismo exigir a nuestros Gobiernos que emprendan medidas que ayuden a dotar de mayor transparencia las formas de financiación de centros de culto y organizaciones caritativas islámicas. No es islamofobia desenmascarar el oportunismo de aquellos partidos políticos, «intelectuales» y artistas que apoyan el uso del

hiyab o pañuelo de las mujeres musulmanas por considerarlo un símbolo de empoderamiento y feminismo, al tiempo que aplauden los planes para incluir las clases de religión islámica en territorio español con el argumento de que «son sus costumbres y hay que respetarlas».

No negamos la existencia de corrientes que pretenden encontrar en la biología elementos que justifican la superioridad de unas razas frente a otras: los nacionalismos fraccionarios vasco y catalán nacieron precisamente de ese prejuicio. Tampoco negamos que existan corrientes que desde el odio, el resentimiento y la ignorancia caricaturizan de forma siniestra a grupos sociales enteros. Existe la islamofobia, por supuesto, igual que existe la hispanofobia, la yankifobia, la rusofobia, la judeofobia, la sinofobia, la cristianofobia, la anglofobia, la francofobia o la occidentalofobia. Pero realizar una crítica filosófica a los fundamentos del islam no es islamofobia, de igual manera que no es misoginia someter a crítica los argumentos y razones sobre los que se sustenta el feminismo, tarea que acometeremos en este libro sin contemplaciones de ningún tipo.

Habrà que recordar a los desmemoriados e informar a las acémilas de que en 1928 el egipcio Hassan Al-Banna fundó los Hermanos Musulmanes, una organización cuyo objetivo era —y sigue siendo— relanzar la yihad para restaurar el califato sobre fuentes de riqueza tan estimables como el petróleo. Habrà que advertir a nuestros politicastos y periodistas vendidos que los líderes de Hermanos Musulmanes, perseguidos en sus países de origen y expulsados de allí, empezaron a ser recibidos en Europa como exiliados políticos. El imán Tawhidi¹ denuncia la respuesta colaboracionista de «Occidente» señalando que grupos extremistas como Hermanos Musulmanes, «que son amigos de la Guardia Revolucionaria Islámica y Hezbolá, no pueden

1 Mohammad Tawhidi es un influyente musulmán chiita australiano. Actualmente es vicepresidente del Consejo Mundial de Imames, con sede en Irak.

operar en Bahrein o en Omán (...). ¿Dónde operan entonces? En Londres, Francia, Washington, Australia y Toronto». Tawhidi critica duramente que ciertas élites políticas y económicas abrieran los flujos de inmigración sin control buscando mano de obra barata, sin tener en cuenta que por ahí podía penetrar yihadismo, delincuencia o, sencillamente, individuos atraídos por la promesa de la asistencia pública gratuita, pero sin ninguna voluntad de integración. En efecto, los Hermanos Musulmanes, aprovechando la ideología del multiculturalismo cocinada en nuestras universidades, empezaron a implantar el salafismo en nuestras ciudades creando guetos, esto es, pseudoestados anegados de moral y derecho islamizados, aljamas en crecimiento que constituyen a día de hoy una amenaza formal para quienes somos considerados infieles y politeístas. La guetización permite que en ciertas áreas europeas prosperen fraternías mafiosas que operan en connivencia con los jefes religiosos, imponiendo medidas de castigo para las mujeres que no se acomodan a la definición de feminidad defendida por el grupo. Estas fraternías funcionan como referentes identitarios y como interlocutores de muchos de nuestros poderes públicos, que encuentran en estas comunidades jugosos nichos electorales. También declaraba el imán Tawhidi lo siguiente: «Cuando era un extremista islamista fundamentalista, yo solo votaba a la izquierda porque los veía muy estúpidos. Temía más a los conservadores, porque tienen principios. La izquierda no tiene valores ni principios». A Tawhidi hay que leerle con mucha cautela, como es natural, pero conviene resaltar los fulcros de verdad que encierran algunas de sus declaraciones y reformularlas desde nuestras propias coordenadas: lo que ha pasado con las izquierdas es que han ido perdiendo su definición política y se han llenado de contenidos subculturales, como explicaremos a lo largo del libro, por eso son tan manejables.

Magdalena Andersson, presidenta del Partido Socialdemócrata de Suecia, primera ministra desde 2021 hasta

2022, reconocía durante el último proceso electoral —esto es, cuando veía peligrar su posición de liderazgo— que los niveles de violencia en su país eran insostenibles y que en su territorio se habían formado Estados paralelos donde rige la ley islámica y en los que la policía no puede operar. Estos socialdemócratas suecos son los mismos que hace veinte años clasificaban como racistas a quienes advertían de los peligros inherentes a los procesos de inmigración descontrolados que ellos mismos habían alentado durante cuatro décadas. La situación generada en Suecia, Francia, Bélgica, Alemania o Reino Unido demuestra que términos como racismo, xenofobia e islamofobia solo sirven como momento psicológico para amordazar al contrincante en las urnas, al tiempo que refuerzan las posiciones del islam, con intención o sin ella. Todos los partidos políticos saben lo que está pasando, lo saben los Gobiernos, las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad y los servicios de inteligencia. Y a nivel oficial mantendrán el relato de la peligrosa «ultraderecha» hasta que vean cuestionado su triunfo en las urnas.

Prueba de que los Gobiernos son conscientes del problema es el escándalo de Rotherham, ciudad inglesa donde las élites políticas y mediáticas ocultaron ante la opinión pública las 1400 violaciones de niños cometidas por inmigrantes pakistaníes en el periodo que va de 1997 a 2013. El silenciamiento se produjo por temor a que «la etnia de los perpetradores desencadenase acusaciones de racismo y dañase las relaciones comunitarias». Los políticos llegaron a apartar a policías y asistentes sociales interesados en investigar sobre lo que estaba pasando porque, tal y como reconoció Dennis MacShane, entonces diputado laborista, «no se quería remover la nave multicultural». La expriera ministra Theresa May responsabilizó a «la corrección política institucionalizada», declarando que «muchas víctimas sufrieron la injusticia de ver sus gritos de ayuda ignorados. Las preocupaciones culturales y el miedo a

ser vistos como racistas (...) nunca deben impedir proteger a los menores».

Si queremos afrontar y dar soluciones a un problema que cada vez se hace más explícito en la propia España, habrá que empezar diagnosticando correctamente las amenazas porque, como decía el estratega militar de la antigua China Sun Tzu, «si no conoces al enemigo ni a ti mismo, perderás cada batalla». Frente a idealismos ingenuos y armonicismos que ni están ni se les espera, tenemos que reconocer que si hay algo que configura de forma radical nuestra propia realidad individual y política es la existencia del elemento antagónico: el enemigo. Y el buen dirigente, el político prudente y sabio, debe poder diagnosticar correctamente al enemigo en cada coyuntura política y geopolítica, debe saber calcular las amenazas potenciales, debe conocer su disposición de fuerzas, tiene que saber evaluar los efectos de sus acciones a corto, medio y largo plazo y, por supuesto, debe tener sabiduría e inteligencia práctica para establecer alianzas. Tan peligroso para el sostenimiento de una sociedad política es no saber identificar correctamente al enemigo como no saber identificar correctamente a los potenciales aliados. Y es evidente que, en la contextura histórica que analizaremos en este libro, el enemigo no es la «ultraderecha».

Reconocemos como una realidad inquietante la tendencia cada vez más generalizada en Europa y América hacia la paulatina despenalización de las injurias a la Corona o a la República, la despenalización de los ultrajes a las naciones canónicas y a sus enseñas, así como la despenalización del delito de escarnio contra los dogmas y creencias de judíos y cristianos, al tiempo que se implantan medidas para prevenir, supuestamente, la islamofobia, una situación que diversos sectores interpretan como una forma sigilosa de instituir la Ley de la Blasfemia islámica en nuestras sociedades. Y todo esto se está haciendo en nombre de la «izquierda» y del «progreso».

CUANDO EL ISLAM NO PREOCUPABA

Durante el siglo XIX el islam era una realidad geopolítica poco significativa. Por esa época se trabajó por recuperar de forma nostálgica la tradición de los musulmanes y, tal y como analiza el filósofo Pedro Insua en su magnífico libro *1492. España contra sus fantasmas*, parte del trabajo lo llevaron a cabo los viajeros «europeos» del siglo XIX —esos «curiosos impertinentes», como se les ha llamado, muchos de ellos protestantes— que, en sus escritos, exaltaban la *gloriosa, próspera y civilizada España mora* frente a la frailuna, oscurantista, fanática, estancada, supersticiosa y anómala España católica. Théophile Gautier lamentará con estas palabras la pérdida de la España mora: «El Puerto de los Perros se llama así porque por allí salieron los moros vencidos de Andalucía, llevándose con ellos de España la prosperidad y la civilización. España, que toca al África como Grecia al Asia, no está hecha para las costumbres europeas. El genio de Oriente se abre paso en todas las maneras posibles, quizás resulta desagradable que España no siguiera siendo mora o mahometana».²

Apunta Insua que «esta es una línea de interpretación que, llevada por Nietzsche a su apoteosis anticristiana, servirá para hablar de la vitalidad del superhombre árabe en contraste con la decadencia del resentido judeocristiano» (Insua, 2018, 41).

2 Théophile Gautier, *Voyage en Espagne*, p. 243, apud S. Fanjul, *loc.cit.*, p. 223.

Citamos a continuación un fragmento del célebre *El Anticristo*, del filósofo alemán: «El cristianismo nos arrebató la cosecha de la cultura antigua, más tarde volvió a arrebatarnos la cosecha de la cultura islámica. El prodigioso mundo de la cultura mora de España, que en el fondo es más afín a nosotros que Roma y Grecia, que habla a nuestro sentido y a nuestro gusto con más fuerza que aquellas, fue pisoteado —no digo por qué pies— ¿por qué?, ¡porque debía su génesis a unos instintos aristocráticos, a unos instintos varoniles, porque decía sí a la vida incluso con las raras y refinadas suntuosidades de la vida mora!».³ Subraya Pedro Insua que esta interpretación tendría su continuidad en la orientalista nazi Sigrid Hunke, famosa gracias a su libro *El sol de Alá sobre el Occidente*, aparecido en 1960, libro en el que se defiende el carácter civilizador del islam y a un «Occidente» que le debe todo: filosofía, letras, ciencias, etc.

Como ya hemos comentado, tampoco Tocqueville, Hegel, Marx o Engels detectaron ningún tipo de amenaza en el islam. Los ideólogos soviéticos calcularon que los pueblos islamizados estaban muy cerca del socialismo real al considerar que, de hecho, ya practicaban un socialismo primitivo. Por eso, en los años sesenta del siglo XX, la URSS empezó a potenciar el socialismo islámico: gran error por parte de la esfera soviética al considerar a la religión como una magnitud despreciable que se podía simplemente resolver por la vía de la educación en el ateísmo científico. Por cierto, de aquellos coqueteos de la URSS con los países islámicos surgió el apoyo de EE.UU. a ciertos grupos integristas durante la Guerra Fría, un tema francamente apasionante que no podremos abordar en este libro.

El propio Blas Infante, hoy considerado «Padre de la Patria Andaluza», se convirtió a la fe de Mahoma en 1924 y nadie vio en ello un peligro, pese a que España desarrollaba entonces

3 Nietzsche, *El Anticristo*, Madrid, Alianza, p. 106.

una intensa campaña militar en Marruecos. El ínclito abogado y político español no solo aprendió la lengua árabe, sino que pronunció la *shahada* en Agmhat, cerca de Marrakech, ante testigos y adoptando el nombre de Ahmad, «el que pone en acto lo que está en potencia». Infante realizó la recitación de la *shahada*, considerada uno de los cinco pilares del islam, ante el mausoleo de Al-Mutamid, último rey musulmán de la taifa de Sevilla, quien, en el siglo XI, había acudido a ese lugar para solicitar la ayuda almorávide ante el avance cristiano. A pesar de estas evidencias, la versión oficial —la de la Junta de Andalucía— sostiene que la conversión de Blas Infante al islam no tiene mayor significado político y que, a lo sumo, debe ser «tenida en cuenta a título de acontecimiento privado, como hecho íntimo de conciencia, que bastaría con respetar»⁴. Como si votar en referéndum a un musulmán como «padre» de la muy católica Andalucía no tuviera trascendencia política alguna.

El filósofo español Gustavo Bueno vio claramente que, con su conversión a la fe mahometana, Blas Infante redefinía sus ideas políticas y no simplemente sus ideas religiosas, y que su conversión al islam es fundamental para entender la esencia de su andalucismo. En 1918, la Asamblea de Ronda aprobó la propuesta de Blas Infante para que las «insignias de Andalucía» fuesen un escudo con Hércules y una bandera verdiblanca de inspiración islámica (almohade), que es la actual bandera andaluza. En un folleto publicado por la Junta Liberalista de Andalucía, partido político de ideología andalucista islamiante fundado por Blas Infante en 1931, se reconocía explícitamente que la bandera verde y blanca procedía de una visión que tuvo el califa almohade Yacub Almansur, quien, la noche antes de la Batalla de Alarcos, habría visto en sueños a un ángel:

4 <https://nodo.org/ec/2007/n060p02.htm>

«La noche antes de la gran batalla, Jacub Almansur vio en sueños un ángel “vestido de blanco” que llevaba una “bandera verde”, el que le prometió un gran triunfo». En efecto, el éxito de los musulmanes sobre los cristianos fue completo: «Con este motivo ofreció el jalifa construir el más alto alminar del mundo (...). El año 1198 era inaugurada la Aljama de Sevilla, en cuyo alminar, llamado hoy la Giralda, ondeaba la “bandera verde y blanca”, en la que, con la unión de colores “verde”, del islam, y “blanco”, del jalifa, se simbolizaba la unión de las provincias del “Andaluz” de uno y otro lado del Estrecho»⁵.

Cabe recordar, asimismo, que en 1933 Blas Infante cambió la letra al canto religioso *Santo Dios* y que dicha composición fue oficializada en 1982 como himno de Andalucía. Sus palabras finales rezan: «Sea por una Andalucía libre, España y la Humanidad», aunque en actos de Izquierda Unida, Podemos y todas sus escisiones no se canta «España y la Humanidad», sino «los pueblos y la Humanidad», omitiendo la palabra «España», ya que esta es entendida por estos mentecatos como una prisión de «naciones originarias» a las que hay que liberar. Este cambio en la letra del himno, sin embargo, traiciona el espíritu de Blas Infante, ya que el prócer andalucista no era separatista, sino unionista de una España islamizada, tal y como explicaremos en la tercera parte del libro.

5 https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?posicion=4&path=2012653&presentacion=pagina

CUANDO EL ISLAM SÍ EMPIEZA A PREOCUPAR

Sin lugar a duda, la progresiva islamización de Europa es uno de los problemas más acuciantes de nuestro presente, pero, para calibrar esta amenaza, tenemos que ser capaces de entender que el islam está dotado de potentísimos componentes no solo religiosos, sino políticos y geopolíticos. Tenemos que asumir que el islam es una realidad en creciente e imparable avance frente a nuestras descristianizadas y estériles sociedades europeas y que, desde luego, no está atravesado por las ideologías del multiculturalismo, de los derechos humanos, del igualitarismo, del fundamentalismo democrático y de la solidaridad sin límites. Aunque también hay que apuntar que el islam, al igual que el cristianismo, no es un bloque unitario, sino que contiene dialécticas internas muy fuertes que hay que tener en cuenta.

Los autoproclamados progresistas hablan de «minorías» para referirse al islam, una comunidad religiosa que cuenta con más de 1600 millones de fieles en todo el mundo, favorecida por un incremento demográfico en alza y que aparece impulsada ideológicamente por un proyecto teocrático universalizante (califato islámico), circunstancia que reconocen todas y cada una de las corrientes feministas que tratan estas cuestiones. Todas ellas, sin excepción, hablan del aumento de la ortodoxia en las sociedades musulmanas desde 1970, lo que trae aparejado un mayor control social sobre las mujeres, situación que

no impedirá que muchas de estas feministas sigan afirmando que la culpa es de «Occidente», que no comprende al islam. Este resurgimiento islámico ha experimentado una velocidad uniformemente acelerada desde la muerte del presidente egipcio Nasser en 1970 y tras la Revolución de 1979 liderada por el ayatolá Jomeini, que supuso la instauración de la República islámica, todavía vigente en Irán y cuya influencia se deja ya ver en otras regiones, como Irak. A partir de ese momento, y por factores muy diversos —cuyo análisis exhaustivo excede los propósitos de este estudio—, el mundo musulmán ha reasumido el papel rector de la religión dentro de la sociedad, utilizando los púlpitos, los centros de enseñanza, la presión inmigratoria, las alianzas con ciertos grupos políticos, mediáticos y universitarios, las pantallas de televisión y, sobre todo, las redes sociales para administrar sus doctrinas a lo largo y ancho del planeta.

El islam, en suma, es una realidad en crecimiento. Goza, además, de una gran capacidad de convencimiento, así como de una firme voluntad de *coranización* de aquellas sociedades que aún no están islamizadas. Frente a la demagogia barata y al panfilismo de los que piensan que la democracia es suficiente para neutralizar al islam, estamos obligados a mostrar una verdad incómoda. A saber, que estas sociedades islámicas conservan un realismo político que las refuerza frente a las sociedades llamadas occidentales, penosamente debilitadas, entre otras cosas, por la ideología del armonicismo universal, la endofobia y el extravío identitario. Muchos no querrán oírlo, pero lo cierto es que estos Estados musulmanes funcionan desde la prudencia política, esto es, hacen lo que tienen que hacer —o lo que pueden hacer— para conservarse a lo largo del tiempo. Lo nuestro, en cambio, raya la estupidez, entre otras cosas porque gran parte de nuestras clases dirigentes han perdido de vista que la finalidad de la política es conservar a la «Polis» de referencia, conservar al Estado desde el que operan. Prueba de esta indefinición política es que el autodenominado «progresismo»

—posición hegemónica en nuestros días tanto en Europa como en América— sostiene que las fronteras son instituciones arcaicas que rompen la unidad del «Género Humano». Esta es la razón por la que hablan de «migrantes» y no de inmigrantes o emigrantes: al parecer, los seres humanos somos como las aves, y hay que destruir las fronteras porque ningún ser humano es ilegal. Nuestra crítica, por tanto, no va tanto dirigida contra el islam o los Estados musulmanes, sino fundamentalmente contra nuestras élites «progresistas», que, de forma absolutamente irresponsable, negligente, sectaria, estúpida y oportunista han asumido la idea de que los Estados-nación son una reliquia del pasado y que defender a la patria es cosa de fascistas. Todo ello sin entender que la patria es, precisamente, el territorio. Según el cosmopolitismo o humanismo metafísico que empuja a los «progresistas», los Estados debieran supeditarse a una idea de «ser humano» en aras del progreso, del amor y de la democracia para acercarnos a la construcción de un hombre⁶ nuevo hermanado con todos. Pero tener como referencia la hermandad de todos los hombres es quedarse sin referencias políticas realmente operativas: son ensoñaciones o castillos en el aire que, cuando son practicadas por los ciudadanos de a pie, podremos diagnosticar como ingenuas, pánfilas e infantiles, pero cuando son practicadas por políticos, son extremadamente imprudentes y peligrosas. Pero sigamos.

El reduccionismo psicologista que clasifica como «racista» a todo aquel que ose criticar la ceguera de los gobernantes, oculta que las cuestiones que aquí tratamos son, ante todo, problemas de la política y de la geopolítica. Porque cuando hablamos de inmigración no estamos hablando de seres humanos en abstracto, ni de aves o búfalos, sino que, en todo caso, hablamos de ucranianos, argentinos, venezolanos, chinos, marroquíes,

6 En este libro no utilizamos lenguaje inclusivo.

argelinos, senegaleses, etc. Cada uno de ellos llega al país de recepción con unos atributos que lo determinan: hablan una lengua concreta, vienen con una formación que les permite, mejor o peor, sumarse al mercado laboral, y también vienen marcados por unos valores morales y por una religión que será, objetivamente, más o menos compatible con los valores morales que, de hecho, se ejerciten en los países que reciben la inmigración. El nuevo mantra «progresista» afirma que las políticas de fronteras abiertas no afectan significativamente a la seguridad nacional de nuestros países ni a la seguridad ciudadana ni al orden público. Sin embargo, si analizamos la estadística ofrecida en verano de 2024 por la Generalidad de Cataluña, observamos que el 17,24 % de la población (inmigrantes sin DNI español) representan el 64 % de los encarcelados en Cataluña por agresión sexual o violación. Nuestros gobernantes apelan a la «solidaridad» con «niños y niñas» que «huyen de la pobreza» y hasta de la «guerra». Sin embargo, en los ocho primeros meses de 2024 han llegado a España 31 000 inmigrantes ilegales, un 60 % más que en todo el año 2023, en su mayoría hombres jóvenes mayores de edad y un número insignificante de mujeres y niños.

Los datos del Observatorio Permanente de la Inmigración (OPI), dependiente del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones, también desmiente el discurso «progresista» que apela a ayudar a los niños inmigrantes por razones humanitarias. Informa el investigador Rubén Pulido que, a fecha de 24 de julio de 2024, se contabilizaban en España 15 045 niñas y jóvenes extutelados (los datos oficiales los computan como un mismo colectivo), de los cuales 10 123 eran marroquíes (68 %), solo el 6 % eran mujeres y la edad media se situaba en los 20 años. Por lo que nosotros sabemos, no hay ninguna guerra en Marruecos. También sabemos que el Reino de Marruecos ha indultado a casi 27 000 presos entre 2019 y 2024 con el fin de solucionar un problema de hacinamiento

en sus prisiones, tal y como reconoce la propia Delegación de la Administración Penitenciaria y de la Reinserción marroquí. Según fuentes de la Policía Nacional española, a través de las rutas de la inmigración ilegal están llegando a España muchos de estos amnistiados por el Régimen alauí: «Están vaciando cárceles y metiéndolos en pateras». También sabemos que estos inmigrantes llegan indocumentados a nuestras costas porque durante la travesía arrojan su identificación al mar para poder solicitar asilo de forma inmediata y entrar en las redes españolas de asistencia humanitaria. Pues bien, desde marzo de 2024 Marruecos no admite repatriaciones de sus nacionales que cometen delitos en España si no están debidamente documentados.

Es importante aclarar, por tanto, que los contingentes marroquíes que actualmente están llegando a España por la vía de la inmigración ilegal y masiva no es representativa de la población marroquí, tal y como advierten muchos españoles de procedencia marroquí: «Los marroquíes que vienen no tienen estudios ni nada que perder (...). O Europa cambia de mentalidad o en pocos años *Game Over*». También nos previene el *influencer* marroquí Malik: «Europa acoge la chatarra que el norte de África no quiere porque estaría encarcelada (...). Europa está acogiendo esa inmigración pensando que va a ser mano de obra barata, pero lo que trae es delincuencia». Atendiendo, asimismo, a los intereses económicos y a las intenciones geopolíticas de los grupos que promueven dicha inmigración masiva e incontrolada, observamos que lo que se esconde detrás son mafias con un volumen de facturación solo comparable al que genera el narcotráfico, así como políticas depredadoras que persiguen mano de obra barata y la desestabilización social y política de ciertas regiones del mundo para llevar a cabo sus actividades extractivas con mayor facilidad. Negar esta realidad edulcorando con buenas intenciones programas de atención humanitaria que no acometen el

problema de raíz es la mejor forma de conducirnos a todos a un horizonte de debilidad extrema. E, insistimos, esto se está haciendo en nombre de la «izquierda» y del «progreso». Vamos a extraer un interesantísimo fragmento del libro *Confesiones de un traficante de personas*, escrito en 2014 por los periodistas italianos Andrea Di Nicola y Giampaolo Musumeci y publicado en España en 2019. El trabajo de campo que llevan a cabo estos investigadores es muy jugoso y permite adivinar que los problemas que ya anticipaban hace diez años deben ser ahora muchísimo más graves.

El contexto es el siguiente: se encuentran entrevistando a un traficante de inmigrantes ilegales pakistaní que opera en Italia y al que llaman Kabir. Los traficantes aceptan ser entrevistados, siempre que su auténtica identidad sea sustituida por un seudónimo. Habla Kabir: «Vengo de un pequeño pueblo situado cerca de la frontera con Afganistán, en el norte de Pakistán. Somos de etnia pastún y hablo, por tanto, pastún. Y, si sabes hablar bien este idioma, puedes hacerte pasar por uno de ellos (por un afgano). Sí, porque ellos pueden solicitar asilo político cuando lleguen a Italia». Recordemos que entonces Afganistán estaba en guerra. En este punto, los periodistas nos informan de que una de las estrategias más sugeridas a los inmigrantes por parte de los traficantes es que no declaren su propia nacionalidad y finjan venir de un país en guerra: «Quien es pastún pero tiene pasaporte pakistaní, por ejemplo, no tiene derecho a asilo político. Pero si el pastún pakistaní no presenta el pasaporte y afirma ser afgano, como por arte de magia se le abren de par en par las puertas de la protección internacional». Kabir sigue explicando su *modus operandi*: él aprovecha las leyes italianas que permiten el acceso de temporeros extranjeros para trabajar en el campo durante un tiempo limitado. El objetivo real es aprovechar esa vía legal para introducir inmigrantes pakistaníes en Europa. Estos pueden entrar como temporeros, pero no como asilados políticos porque Pakistán no está

en guerra. Afganistán sí, así que el truco consiste en hacerse pasar por afganos. Estas personas pagan miles de euros para lograr su sueño: son muchos los agentes que intervienen en el proceso y hay que pagarles. «Familias enteras contribuyen al viaje, a menudo vendiendo casi todo lo que poseen», remata el traficante. En esa fecha (2013) Kabir declara ganar un millón doscientos mil euros al año, dinero negro, obviamente.

Kabir sigue explicando que, con el permiso y el documento de identidad pakistaní, estas personas entran legalmente en Italia con permiso de trabajo y que lo hacen directamente en avión: «Pero, tan pronto como abandones el aeropuerto, tienes que correr al centro de acogida, tienes que destruir tu pasaporte, destrozarlo, quemarlo, comértelo. Esto mismo decimos a los que ayudamos. Tienes que romperte la ropa, agujerear la suela de tus zapatos, ensuciarte las manos y la cara, mostrarte hambriento y desesperado. Y, en afgano (pastún, para ser exactos), decir que llegaste por mar desde Grecia, encerrado en el fondo de un camión, cargado en la bodega de un transbordador. Esas cosas que se leen en los periódicos... Probablemente te someterán a un reconocimiento médico. Quizás sean capaces de descubrir la verdad, pero no podrán demostrar nada. Te tendrán que creer y te concederán asilo político. A partir de ese momento, podrás moverte por toda Europa sin que nadie te moleste. Y esto porque eres un pastún afgano y puedes hablar el idioma correcto, porque escapas de la guerra y puedes pedir asilo político».

En esta investigación publicada en 2014 los periodistas italianos no se permiten muchos comentarios personales, pero justo tras recoger el testimonio de Kabir, escriben: «Escuchando a Kabir, uno se pregunta si este continuo tráfico de personas no es un peligro para la seguridad nacional e internacional. Un canal continuo, privilegiado y relativamente simple mediante el cual infiltrar terroristas en Europa». Solo añadiremos que hace ya muchos años que la española Hannan Serroukh viene

avisando de que los grupos salafistas están aprovechando los flujos de inmigración y el buenismo derechohumanista de los europeos para penetrar en nuestros territorios. Ella lo vivió personalmente en Cataluña siendo una niña, momento en que empezó a formarse una fraternidad islámica en Figueras, el lugar en que pasó su infancia y del que pudo escapar con catorce años tras rechazar un matrimonio forzoso con un salafista. Estamos hablando de España, años ochenta.

EL AMOR AL ISLAM DE LOS «PROGRESISTAS»

Los hombres y las mujeres «occidentales» que defienden que las mujeres musulmanas vistan el hiyab, el nicab o el burkini en Europa o en América porque ellas «son libres para elegir», no entienden ni quieren entender que el hiyab está inserto en un entramado social mucho más amplio en donde el marido puede repudiar a su esposa legalmente solo con declararlo en voz alta frente a testigos y sin dar ninguna explicación. Estos defensores «occidentales» del hiyab, tan extraordinariamente generosos con el islam pero tan críticos con el cristianismo, no están dispuestos a asumir que detrás del nicab hay un contexto social donde el marido puede llevar una segunda, tercera o cuarta esposa al domicilio familiar y donde niñas de nueve años son obligadas a casarse con hombres de avanzada edad. ¿Tienen constancia de que en los guetos islámicos que existen en España se realizan matrimonios forzosos con niñas desde los años ochenta y que nuestros Cuerpos y Fuerzas de Seguridad tienen una capacidad muy limitada para interceptarlos a causa, precisamente, del hermetismo que caracteriza a estas fraternidades? Por cierto, ¿son conscientes estas gentes biempensantes, muy de izquierdas y muy feministas, de que en España existen guetos islámicos? Tampoco deben saber que la islamización comienza cuando un país alcanza un número suficiente de musulmanes como para poder comenzar campañas en favor de privilegios

religiosos. Fuera de las modas ideológicas de los sectores progres, izquierdistas y multiculturalistas hípster está la dramática realidad de estos barrios islamistas en Europa donde las mujeres están obligadas a caminar detrás de los hombres.

El profesor Waleed Saleh⁷ expone en su jugoso libro *Feminismo e islam. Una ecuación imposible* que «una encuesta realizada en abril de 2004 por el Consejo Nacional de los Asuntos de la Familia en Jordania demostró que el 87 % de las mujeres jordanas apoyaban que el marido pegara a su esposa en determinados casos, como por ejemplo: llevarle la contraria, no obedecerle, ausentarse del hogar familiar sin la autorización del esposo, quemar la comida, discutir con él o faltarle al respeto a alguno de los miembros de la familia del marido. El 82 % consideraban lícita esta actitud si la mujer comete algún tipo de infidelidad» (Saleh, 2022: 50). También aclara que ninguna de las escuelas jurídicas del islam, suníes y chíes, pone pegas a dicha norma, aunque algunas recomienden que el castigo corporal de la mujer no debe caracterizarse por su dureza: «Esta “generosidad” aconseja que el castigo físico no debe causarle a la mujer una incapacidad física, el marido debe evitar golpear la cara y si utiliza un látigo como instrumento para este acto, que no sobrepase los diez latigazos» (Saleh, 2022: 51).

«Pegadles, pero no con mucha dureza» (Al-Nisa’i, 2001: VIII, 264).

«A un hombre no se le pregunta por qué ha pegado a su esposa» (Ibn Maya, s. d.: 639).

«La mujer es una vergüenza» (Al-Tirmithi, 1996: II, 463).

Es cierto que la mayoría de los países musulmanes han firmado acuerdos de carácter internacional que, teóricamente,

7 Waleed Saleh, nacido en Irak en 1951 y nacionalizado español, es doctor en Estudios Árabes e Islámicos por la Universidad Autónoma de Madrid, licenciado en Filología Árabe por la Universidad de Bagdad y en Filología Hispánica por la Universidad de Valencia.

protegen los derechos de la mujer, pero en la práctica mantienen en sus códigos de familia muchas normas que transgreden dichos derechos, una prueba más de que los llamados «derechos humanos universales» son un *flatus vocis* si no son sancionados por los Estados. De eso dependen los derechos del individuo, de que sean derechos del ciudadano, esto es, de que sean sancionados y protegidos por un determinado Estado a través de un ordenamiento jurídico. Abordaremos esta cuestión en detalle más adelante, pero de momento insistiremos en que los códigos civiles y penales de la mayoría de los países musulmanes están basados en el derecho islámico, situación que afecta a temas tan importantes como la custodia de los hijos, los crímenes de honor, la poligamia, la tutorización de la mujer, la lapidación, el maltrato físico, las violaciones, los espacios prohibidos para las mujeres, el valor de su testimonio en un juicio, las normativas vestimentarias, el reparto de la herencia, el analfabetismo, etc. También tenemos que llamar la atención sobre el hecho de que la mayor parte de la jurisprudencia del islam gira en torno a la mujer. Y como el islam no tiene una cabeza visible como el papa o una clerecía legal, ocurre que instituciones y líderes religiosos de todo tipo pueden emitir *fatwas* acorde a los intereses de los grupos particulares o de los Gobiernos. Las miles de *fatwas* dictaminadas por los clérigos musulmanes se transmiten rápidamente a través de las mezquitas, los oratorios públicos, los medios de comunicación y, sobre todo, las redes sociales, donde los telepredicadores islámicos administran a la feligresía la papilla ideológica que resulta conveniente para cada momento. Las *fatwas* tienen como fin dictaminar lo que los musulmanes deben o no hacer respecto a prácticamente cualquier asunto: los videojuegos, las series de televisión, una guerra, el uso de las sillas, el fútbol, una alianza política, etc. Pero, como decíamos, la mayoría de ellas están relacionadas con el cuerpo de la mujer, su conducta y su presencia en espacios públicos, dado que la

islamización de la sociedad depende en gran medida del trato que se da a la mujer (Sahel, 2022: 98).

Veamos con algunos ejemplos cómo funcionan estas *fatwas*. Narra el profesor Saleh que «cuando el presidente egipcio Al-Sisi criticó en 2017 el divorcio verbal, Al-Azhar, la institución más importante del mundo islámico, reaccionó diciendo que el divorcio verbal se practica conforme a la sharía y que ninguna autoridad tenía la potestad de cambiarlo. Añadieron que el hombre que pronuncia verbalmente la frase “me divorcio de mi mujer” rompe el lazo matrimonial. La misma institución religiosa aprobó en junio de 2019 la práctica de golpear a las esposas “sin romper ningún hueso”» (Saleh, 2022: 66). También cita una *fatwa* emitida por el clérigo saudí ‘Abd Allah al-Faqih publicada en 2005 que sostenía: «Aunque haya terminado el tiempo de la esclavitud y ya no existan esclavas, esto no significa la anulación de las disposiciones relativas a este asunto en el Corán. Si aparecieran sus causas, seguirían en vigor, como por ejemplo en el caso de una guerra entre musulmanes e infieles. Las mujeres de los paganos luchadores serían prisioneras y se aplicarían sobre ellas las normas de la esclavitud, aunque las prohibieran todas las leyes de la tierra» (Yuero, 2019: 96-97). En la tercera parte del libro dedicaremos un extenso apartado a la cuestión de la esclavitud en el mundo musulmán.

Paradójicamente, tanto las llamadas «feministas islámicas» como muchos grupos «progresistas» que se solidarizan con ellas sostienen que el islam es la única religión que permite a las mujeres ser «personas». Esta ideología se está extendiendo rápidamente a países no musulmanes, dado que el Reino de Arabia Saudí, la República Islámica de Irán y otras naciones musulmanas pujantes financian la construcción de centros culturales y mezquitas que predicán el islam salafista por medio mundo. Y esta penetración no ocurre únicamente en sectores de marginación y vulnerabilidad social, sino que es cada vez más perceptible en las universidades y, por supuesto, en ciertos partidos políticos.

LAS CONTRADICCIONES SON OBJETIVAS

Mal que le pese a algunos, la identificación entre Iglesia y Estado, característica del islam, no fue jamás propia del catolicismo. En España, la identificación entre Iglesia y Estado fue considerada una herejía que conducía al cesaropapismo: la herejía arriana. Este cesaropapismo sería asimilado por el islam y rebrotaría más tarde en las iglesias mal llamadas *reformadas*. Analizaremos este asunto en detalle en la tercera parte del libro, pero iremos adelantando que en el islam todo está envuelto en Dios y que, aún en nuestros días, la Ley de Dios está por encima de las leyes humanas. Todo ello es consecuencia de la imposibilidad de distinguir entre un gobierno temporal y otro espiritual, pues el modelo del musulmán es la propia vida del profeta Mahoma, que unifica los ámbitos religioso, político y social en uno solo, según indica la ley islámica. Recordemos que, en 1991, los ministros de asuntos exteriores de los 45 Estados que en 1990 formaban parte de la Organización de la Conferencia Islámica adoptaron en El Cairo la *Declaración de Derechos Humanos en el islam* que, apartándose de la Declaración de la ONU de 1948 —Declaración que algunos todavía se atreven a llamar «universal»— establece la ley de la sharía como «la única fuente de referencia» para la protección de los derechos humanos en los países islámicos. También los *hudud* («límites/castigos») están inspirados en la sharía desde hace catorce siglos y legislan temas como la esclavitud, la amputación de manos, la

lapidación, la ejecución de los apóstatas, etc. Los *hudud* siguen vigentes, con mayor o menor capacidad de aplicación, en más de cincuenta países de mayoría musulmana.

Las políticas de fronteras abiertas agudizan estas contradicciones, pues, como decimos, en muchos Estados europeos existen guetos que viven bajo marcos políticos, morales y culturales determinados por la sharía, una ley que entra en contradicción objetiva con nuestros ordenamientos jurídicos, fundados históricamente sobre el patrimonio religioso cristiano, la filosofía griega y el derecho romano. Un problema central que afrontamos en nuestros días, por tanto, tiene que ver con el hecho de que el aumento de la inmigración musulmana sin control puede hacer desaparecer las funciones propias del Estado que recibe dicha inmigración, pues es un hecho comprobable que cuando los musulmanes alcanzan un porcentaje considerable de población crean guetos en régimen de funcionamiento islámico. ¿O es que la policía francesa puede realizar plenamente sus funciones en guetos como los que existen en Marsella? ¿Pudieron, acaso, las fuerzas de seguridad parisinas repeler los actos delictivos acaecidos en el estadio Saint-Denis en 2022? ¿Y qué decir de Molenbeek, barrio situado en el centro de Bruselas que se ha convertido con el paso de los años en un gueto musulmán donde viven más de 100 000 personas y que las autoridades no controlan? También convendría mencionar a Rosengård —en Malmö, la tercera ciudad de Suecia—, un barrio donde la policía sueca apenas puede operar. No hará falta mencionar los gravísimos desórdenes acaecidos en Reino Unido en verano de 2024 tras un apuñalamiento múltiple en el que murieron tres niñas y otras diez resultaron heridas. Otro dato escalofriante lo proporciona la Oficina Federal de Estadística de Alemania, que reconoce que el país sufrió casi 14 000 ataques con cuchillo en 2023. Resulta altamente revelador que sus informes públicos no incluyan la nacionalidad de los agresores. Algunos estados federales, como Baden-Württemberg, sí recopilan dicha

información, que muestra que la mayoría de los atacantes son de origen islámico y subsahariano. Por otro lado, ¿están informadas nuestras feministas antirracistas de que cada semana se reportan decenas de casos de violencia extrema cometidos por musulmanes por medio mundo? Quema de iglesias; destrucción de patrimonio artístico y reliquias; masacres de cristianos en Nigeria y Malí, por ejemplo; agresiones gratuitas a ancianos europeos cuando van a entrar en sus casas o a niños que juegan en un parque; violaciones grupales a mujeres, incluso musulmanas, si estas incumplen las normas de la fraternidad, etc.

Lo preocupante de esta delincuencia es su rapidísimo incremento en toda Europa y su pavorosa sistematicidad: violencia extrema, acción grupal y descaro absoluto. No hay maquillaje propagandístico que pueda ocultar las imágenes horribles que a diario muestran las redes sociales, de ahí el esfuerzo de los «progresistas» por censurar estas plataformas, amenazando incluso con encarcelar a cualquiera que se atreva a establecer una conexión entre la inmigración masiva e ilegal alentada por nuestros Gobiernos y el asombroso aumento de los delitos violentos, principalmente de aquellos cometidos contra las mujeres. Pero esto no viene de ahora, en 2003, PP y PSOE, aquí en España, pactaron una hoja de ruta para que periodistas y políticos evitasen incluir el grupo étnico, el color de la piel, el país de origen y la religión de los individuos responsables de sucesos trágicos. Excepto si los implicados son españoles de pura cepa, al parecer. Entonces es legítimo aportar hasta los detalles más íntimos de sus tatarabuelos. Esta situación nos incapacita socialmente para defendernos por miedo a ser señalados con el dedo, ya que la mayoría de partidos políticos y predicadores mediáticos, salvo honrosas excepciones, se muestran invariablemente a favor de la solidaridad sin fronteras, el relativismo moral y cultural, y el panfilismo derechohumanista. Por cierto, es fácil identificar a los partidos políticos que sí están

denunciando esta situación: aparecen invariablemente etiquetados como «ultraderecha».

Es crucial entender, por tanto, que lo preocupante no es tanto la delincuencia que pueda provocar quien no quiera integrarse, pues delincuencia siempre hay. Lo preocupante es la sistematicidad de dicha delincuencia como síntoma de una amputación parcial en alguna o muchas funciones del Estado. Esto es, lo preocupante es asumir como normal que haya áreas de Europa donde el Estado, ya sea el sueco, el francés o el belga, ya ha desaparecido de hecho. Porque cuando existen zonas donde la ley islámica está por encima de la ley marcada por la república (como sucede en el caso de Francia), el reemplazo y la sustitución del Estado ya se ha dado de facto, por mucho que fuera de dichas zonas los franceses no vayan a desaparecer. Lo que tendemos a ver cada vez más en distintas áreas de Europa es la consolidación y crecimiento de pseudoestados donde prevalece la ley islámica dentro de las naciones canónicas europeas, todas ellas herederas, insistimos, de la filosofía griega, el derecho romano y el cristianismo.

Los defensores de las políticas de fronteras abiertas y de la solidaridad derechohumanista no se dan cuenta ni quieren enterarse de que un islam implantado políticamente en Europa supondría el acabamiento de todos aquellos referentes que estos mismos individuos consideran «señas de identidad» de la «izquierda» y del «progreso»: feminismo, sufragio universal, Estado de bienestar, educación pública, igualdad, ecología, derechos humanos, libertad de expresión, etc. Todos estos tramos ideológicos están adheridos al régimen de las democracias liberales, que son las que hacen posible su propia conciencia «izquierdista» y «progresista». Pero cuando en los Estados que conforman Europa se configuren mayorías poblacionales musulmanas que alcancen una masa crítica suficientemente amplia, la ley islámica suplantarán nuestras normativas éticas, morales y jurídicas para implantar un modelo político

y antropológico de perfil islamista, como ya estamos viendo en Reino Unido. El filósofo e historiador estadounidense Will Durant ya advertía sobre los peligros de esta deriva disolvente cuando escribía que «una gran civilización no es conquistada desde fuera hasta que no se ha destruido a sí misma desde dentro». También el padre Gabriel Zarrate enfatizaba en su libro *De la crisis de fe a la descomposición de España*: «Sobre los escombros de la civilización fundada por la cruz no se alzarán la Torre de Babel del endiosamiento humano, el culto al hombre que predica la democracia, sino el minarete con la media luna del islam y el muecín llamando a recitar el Corán» (Zarrate, 2021: 86).